

¡Mi amor! Vos habeis dudado de él poco há, Elena, vos dudais de él sin duda todavía, y sin embargo, yo os juro que fué, y que es mas sincero y vivo que nunca en mi corazón. — Solamente que la herida primitiva se ha convertido, á la larga, en una gangrena, y ahora casi se parece este amor al odio mortal. — ¡Ah! si hubierais querido, si hubierais sabido entretanto! Hubo un momento en que podiais salvarme y salvaros á vos misma, y para eso una mirada, una sola mirada habria bastado.

Sabiendo que compadeceis mi pena, y que no la despreciabais, jamás habria concebido el monstruoso proyecto que llega á su fin esta noche. Me hubiese marchado como el otro: me habria ido muy lejos, no sé dónde, á vivir con este pensamiento: — ¡Ella ha tenido lástima de mí! — Pero no; vos, orgullosa, ni siquiera parecia pensabais un momento en la idea de que yo pudiera sufrir. ¿Acaso seréis de tal especie son capaces de amar? ¡Dios me condene! creo que os habriais desnudado en mi presencia, como delante de vuestra doncella. Un Champion, ¿es eso algo que valga nada? y yo juré probaros un día que este Champion era alguien y algo valia.

Del conde Jorge jamás tuve celos, ¡pero del otro!... ¡Ah! cuando el otro estuvo aquí... Ignorais el suplicio de mis noches y el tormento de mis días... Ignorais cuantas veces os espiaba en el jardín, en el gran salon; cuantas veces os creiais sola detrás de las persianas bajadas, en los bosques, por do quiera. Vos no sospechábais siquiera que os amaba, y ya estaba yo cierto de ello.

Este amor fué vuestra condenacion. — Yo podia resignarme á no ser amado de vos; pero veros amar á otro, ¿era posible? Habia servido hasta ese día fielmente á vuestro esposo, porque trabajando por él, trabajaba por vos. — ¡Pero trabajar por el otro!... — Me rebelé decididamente contra el destino, y he hecho bien... puesto que le he vencido.

Hay pasiones que por su esencia misma son tan nobles, que producen un reflejo de generosidad y de heroismo aun en el crimen mas vil. — El grito del miserable era tan desgarrador y tan sincero, que Elena casi se conmovió. — El corazón de la mujer es como el de Dios, está siempre dispuesto á perdonar á aquellos que han amado mucho.

— Si me habeis amado, dijo la condesa á Champion con voz suave y como un quejido; si me amais todavía, ¿por qué me imponeis este tormento?... ¿Por qué os haceis el eco de reconvenções que hasta aquí me ha murmurado sola mi conciencia? Jorge mismo me las ha evitado, y ¡también él me amaba!... Mirad, Hércules, yo también conozco el dolor de un amor sin esperanza, porque lo he experimentado como vos. Por eso, aunque nos hayais hecho mucho daño, os lo perdono. Olvidemos ese pasado que no hubierais debido recordar jamás. Sed de nuevo lo que hubierais debido ser siempre, amigo mio. Si la ruina causada por vuestras arteras maniobras es irreparable, me resignaré á la ruina; si se puede todavía poner remedio á ella, vos me ayudareis. — ¡El amor! no está en mi poder dároslo; mi corazón está muerto al amor. — ¿La fortuna? podeis aun con-

quistarla, si es suficiente para consolaros. No hablándome hoy, nos habriais evitado á todos muchas penas, pues mi intencion era confiaros únicamente la gerencia de Noirmont asociándoos á la mitad de los beneficios. — Y si quereis, dijo despues de una pausa, tendiéndole su mano enflaquecida con una sonrisa de santa, mi intencion no ha cambiado.

— ¡Qué! exclamó entonces Hércules, precipitándose hácia está mano, ¡entonces consentís!... Pero ante la mirada severa y altiva de Elena, retrocedió como picado ó mordido por un áspid.

— Os engañais, Champion, dijo la condesa; mi marido ha muerto, y jamás su viuda cambiará su nombre por el de un falsario y un ladrón. Sois un cómico hábil. Me habiais conmovido; estaba decidida á olvidar todo, á perdonar todo; pero vuestra mala inteligencia me prueba que sois aun mas vil de lo que yo creia. é indigno de toda clemencia. ¡Marchad pues! continuad vuestra obra subterránea, la condesa de Rancogne prefiere la miseria y la ruina al horror de veros un minuto mas debajo de su techo.

Champion permanecia en pié delante de ella, con la frente baja, los dientes rechinando, aterrado. Gruesas gotas de sudor le corrian por la frente, y por dos veces intentó en balde hablar.

Al fin murmuró con voz sorda:

— Vuestra piedad era buena dos años ha, Elena. Entonces sí que era preciso, á fuerza de clemencia, hacer de mí vuestro esclavo. Hoy ya no es tiempo. Soy malo, muy malo, irremediamente malo. Este amor que podia purificarme me ha perdido. He sufrido demasiado; es menester que me vengue. He codiciado largo tiempo y es menester que posea. Os lo he dicho desde el principio, esta conversacion iba á decidir de la suerte de todos nosotros. La decision está tomada á estas horas. Elena, de grado ó por fuerza seréis mi mujer.

— ¡De veras!...

— Os digo que seréis mi mujer, repitió Champion, porque la única barrera que me queda por saltar es vuestro consentimiento. — Seréis mi mujer, porque he hecho ya demasiado para no ir hasta el fin; porque vos sabeis ya demasiado para no perderme con una sola palabra; porque vuestro consentimiento no es solamente la fortuna, ahora que he hablado, sino que es también la impunidad.

— ¡Oh!... exclamó Elena, ¡sois un monstruo!...

— Seréis pues la mujer de un monstruo. Os decia hace poco: A un lado la miseria, al otro la fortuna, escoged; y ahora os digo: Escoged; á un lado el honor, al otro la infamia.

— ¡La infamia!... ¡Ah! la infamia seria el obedecer á vuestras amenazas.

— La infamia, replicó friamente Champion, es el patibulo ó el presidio.

— ¡El presidio!... ¡el patibulo!... ¡yo!...

— ¿No es al patibulo ó al presidio á donde envian á las envenenadoras? Dentro de un mes, si quiero, seréis acusada y convencida de haber envenenado á vuestro marido el conde de Rancogne.

## VI

## LO QUE PUEDE VERSE Á TRAVÉS DE UNA PERSIANA.

José, arrodillado en el suelo batido á la cabecera del viejo Biassou, recita las oraciones de los muertos. El anciano yace rigidamente tendido bajo la manta que diseña sus largos miembros descarnados.

El estertor que hace levantar á intervalos iguales su pecho y desgarrar sus pulmones indica solo que un soplo de vida hace palpar todavía este cadáver.

José lee devotamente la recomendacion del alma en el pequeño devocionario que le ha prestado la linda Rosa... Muy afligido y acongojado tiene el corazón el pobre mozo, de cuyos ojos brotan gruesas lágrimas: con la muerte de Biassou pierde una de las pocas personas que le hayan manifestado algun cariño é interés.

Cuando murió la vieja Juana, ¿quién, sino él, fué el que le proporcionó el entrar al servicio del conde Jorge?... El buen hombre le habia tratado siempre como si fuese su propio hijo; le habia enseñado á leer, á escribir y á contar, que era toda la instruccion que poseia. Siendo brusco y uraño con todos, solo con él se habia manifestado siempre indulgente y cariñoso, aun durante sus sombríos periodos de misantropía.

José se acuerda de todo eso mientras está leyendo aquellas oraciones, y en el camaranchon no se oye mas que el ruido alternado de los versículos sagrados y el de los roncos suspiros del moribundo.

La puerta se abrió sin ruido, y el amable rostro de Rosa apareció sombrío, y en él pintados el terror y la ansiedad.

La pobrecita Rosa estaba enteramente trastornada, y una violenta emocion hacia palpar su seno con movimientos precipitados.

— ¡Ay, Dios mio! ¡Dios mio! exclamó dejándose caer en el toscó tajo que servia de banquillo, ¡qué pasa esta noche en Noirmont!

En el patio, Negrillo continuaba dando aullidos de muerte. José habia cerrado su libro marcando cuidadosamente la página.

— ¡Por Dios! ¿qué teneis, Rosa?

— Tengo miedo, respondió. Hay desgracias en el aire, de seguro; José, ¿no oyes cómo ladra Negrillo?

— Se dice que los perros ladran siempre en la casa donde muere un cristiano, dijo José designando el lecho con su vista.

— El padre Biassou ha cumplido su tiempo, murmuró Rosa; ¡pero ella, tan jóven, tan cariñosa, tan amada! Ves tú, José, acabo de soñar una cosa. — Recostada en mi cama, enteramente vestida para el caso en que mi señora

tuviera necesidad de mí, y hé aqui que de repente he oido un grito... ¡Oh! pero un grito como no he oido en mi vida, penetrante como un llamamiento, desesperado como un suspiro. Parecia que el grito habia venido del cuarto de la señora; me levanto apresuradamente y corro al cuarto de mi ama, cuya puerta hallo cerrada por dentro, á pesar de que estaba segura de haber dejado la llave por afuera. Por mas que he escuchado, no he oido mas que un cuchicheo de dos voces, la de la señora y la del señor Champion. La de la señora tenia trazas de suplicar, y la del otro de mandar; entonces he tenido miedo y me he retirado á mi cuarto.

Los terrores de Rosa coincidian de una manera muy particular con las siniestras predicciones del Biassou para dejar de llamar la atencion de José.

— Hay, murmuró pensativo por este extraño enlace, los espaldares, y trepando por ellos, se podria ver.

— Sí, sí, exclamó Rosa. Vete allí, José, despáchate, y, segun lo que veas, se derribará la puerta si es necesario.

¡Ah! ¡valiente leoncita es esta Rosa cuando se trata de defender á su ama!

José corrió al umbral de la puerta del cuarto; pero al salir, su mirada inquieta se volvió hácia el lecho donde yacia el moribundo.

— ¿Y él? parecia decir esta mirada.

Ya Rosa habia respondido á esta muda pregunta; estaba de rodillas en el lugar mismo que acababa de dejar José, y abriendo el pequeño devocionario en la página marcada, devotamente inclinada, continuaba la salmodia interrumpida.

— ¡Vamos pues! dijo José metiéndose en las tinieblas del patio, y que Dios nos proteja.

En la cámara de la condesa continuaba la explicacion ó discusion entre ella y Champion. La amenaza con que este habia creído dominarla la habia dejado fria á causa de su misma enormidad. ¡Acusarla á ella de haber envenenado á Jorge! ¡á ella cuya adhesion por él habia, al contrario, sido notoria; á ella que todo lo habia sacrificado á su deber, todo, hasta su amor! por eso no hizo mas que sonreirse encogiéndose de hombros.

— ¡Habeis perdido el juicio! dijo.

— ¡Oh! no; mi bella condesa. A pesar de vuestros ademanes desdeñosos, la mina está cargada, y á una señal mia reventará. No seré yo, sin embargo, el que la prenda fuego; no soy tan majadero. Al contrario, os defenderé, haré el desesperado, y me mostraré tan indignado que nadie sospechará mi complicidad; solamente que, como las pruebas serán tantas y tan claras, será preciso, manifestándose abrumado, rendirse á la evidencia.

— ¡Las pruebas! exclamó ella indignada; ¿y qué pruebas? Las pruebas de que yo he envenenado á Jorge, ¡yo! ¡vamos! Me parece, en verdad, que soy presa de una monstruosa pesadilla, y al oiros hablar con tal certeza de vuestras pruebas, me he puesto á reflexionar si acaso no estoy yo misma loca.

Y se estrechó la cabeza entre sus manos. Champion la miraba con cierto aire de compasion que no carecia de un

matiz de desden por tanta flaqueza, ni de cierto orgullo por el efecto que acababa de producir.

— No estamos locos ni uno ni otro, replicó, y vos sabéis bien que os basta decir una palabra para hacer cesar le pesadilla. — Preguntáis cuáles son las pruebas que os agobiarán, y yo me siento bastante fuerte para no vacilar en decirlo. La red en que os hallais cogida es tan estrecha de mallas, y estas tan espesas, que no conseguireis el escaparos de ella, ¡paloma mia! — Contad á vuestro sabor nuestra entrevista de esta noche, nadie os creerá. Los mas indulgentes mirarán vuestra revelacion como el parto de una imaginacion novelesca. Los otros, los mas numerosos, os acusarán de negra ingratitud. Porque, tened presente y muy en cuenta, yo seré uno de los pocos, el único, lo entendeis, que aparentará luchar y hacer esfuerzos desesperados por salvaros. En calidad de primo vuestro, yo no os abandonaré sino el último.

— Si... si... continuareis hasta lo último vuestra hipocresía. No teneis necesidad de jactaros mas tiempo, yo os creo de sobra, ahora que os conozeo. ¡Pero las pruebas! ¡las pruebas!

— Una que será fácil dar, es la del envenenamiento del conde de Rancogne. — Tanto mas fácil cuanto que el conde Jorge de Rancogne ha sido realmente envenenado.

— ¿Por quién? ¿por vos?

— A la justicia toca averiguar este hecho. — Ahora bien, ¿á quién es el crimen provechoso? — A vos sola, á vos su única heredera, á vos á quien esta muerte reúne á vuestro amante. ¿Qué es lo que Hércules Champion gana en esta muerte? — Nada. — Pierde su colocacion, hé ahí todo.

— Pero todo el mundo sabe el amor de que he rodeado á mi marido, la adhesión...

— ¡Hablemos de esta abnegacion! ¿Qué será cuando se haya probado, y digo probado, que hacíais traicion al conde Jorge, bajo su propio techo, con su propio hermano; que el día siguiente al de su muerte, este hermano ingrato arrostraba los peligros de la proscripción para volver aquí mismo á renovar sus juramentos adúlteros? — Mujer doblemente culpable, ¿qué piedad podriais esperar de vuestros jueces, cuando os sea probado diez, veinte, cien veces que, bajo la máscara de angélica virtud se oculta á la vez la amante desvergonzada y la esposa envenenadora?...

Estas son las pruebas morales; pasemos á las pruebas físicas y materiales, tan numerosas, mas abrumadoras.

Vos sola sois la que habeis cuidado á vuestro marido durante su larga enfermedad. Excepto vos y Rosa, vuestra doncella, ciega como la abnegacion misma, nadie se ha aproximado á su lecho, y este marido ha sido realmente envenenado. Los químicos lo declararán, — y el veneno se encontrará por todas partes: — en el azúcar molido con que azucarábais sus tisanas; en vuestros muebles mas particulares y mas secretos; hasta en los forros de vuestros vestidos. — ¿Vos me deteneis para preguntarme en dónde os habeis procurado este veneno? — Voy á decirlo.

La condesa, aterrada, muda de angustia, escuchaba.

— Este veneno, lo habeis tomado en la farmacia de la fá-

brica, un día en que fuisteis á ella para curar á Francisco Limaille, un obrero cuyo dedo habia sido aplastado por un martillo. Este Francisco os ha visto vaciar la mitad de un paquete de polvo blanco en una caja que describirá minuciosamente, aunque no le haya sido posible verla sino en esta circunstancia, y se volverá á encontrar el paquete comenzado, y se encontrará la caja. — ¿Quereis otras pruebas? ¿Quereis otras? Algunos meses despues, he querido despedir á Francisco Limaille por no sé qué mala accion, y á vuestro ruego le he conservado. No habeis intercedido en su favor sino por una razon, porque os habia prometido no hablar de los polvos blancos.

— ¡Una odiosa mentira!

— Que afirmará con juramento en caso necesario... y yo vendré á declarar con indignacion que ese Francisco es un mal obrero y un miserable que os calumnia, y que sin vuestra intercesion calorosa no habria quedado una semana en Noirmont. Pediais pruebas: ahí las teneis; vedlas ahí. ¡Pruebas que os enlazan por todas partes, desventurada! A cada uno de vuestros movimientos se estrecharán mas y mas, y de tal modo y tan bien que acabarán por sofocaros con su irresistible lógica. Aquellos que intenten justificarnos, — y yo seré uno de ellos, — no harán mas que agravar la acusacion. Los hechos están combinados de tal suerte que defendiéndoos se hace uno fatalmente vuestro mas terrible enemigo. Mirad: Rosa, esa es una jóven que os quiere, ¿no es verdad? y que está convencida de vuestra inocencia. Pues bien, ¿qué dirá ella, qué hará? ¿Intentará negar vuestra intimidad con Octavio?... lo hará muy torpemente; se verá que no dice toda la verdad. ¿Se limitará, al contrario, á declarar sencillamente los hechos? Entonces, como se conoce su idolatria por vos se creará que atenúa siempre los hechos ó desfigura la verdad. No creyendo confesar sino vuestra inocente amistad con vuestro cuñado, confesará vuestro adulterio.

— Pero ¿el doctor? el doctor que ha cuidado á Jorge durante toda su enfermedad sabe bien que yo no he envenenado á Jorge... él sabe bien que soy inocente.

— Es verdad, olvidaba al doctor... Si, el doctor sabe que vos no habeis envenenado á Jorge, puesto que el doctor sabe todo... Aparentará estar tambien en el número de vuestros defensores, — como yo. — Irá todavía mas lejos, negará la existencia de todo veneno, y sus sabios cólegas de Paris, llamados por la acusacion, le tratarán sin duda de viejo topo. — Hé ahí lo que ganareis.

Esto era mas de lo que la pobre mujer podia soportar. Veia en fin su posicion en su espantosa realidad. Estaba pronta á proclamar, y sostener su inocencia en medio de los mas monstruosos tormentos; pero no eran protestas las que se necesitaban, eran pruebas. Y como todas las presunciones, todas las pruebas, arregladas por una infernal premeditacion, estaban contra ella, agobiada entonces, no teniendo ya la fuerza de luchar, se dejó caer con el mayor abatimiento sobre sus almohadas, y prorumpió en un llanto lamentoso.

Hércules Champion consideró durante algunos instantes estas lágrimas que corrian suavemente por sus mejillas y



¡Ah! ¡nos han visto! ¡nos han oído! Me he salvado.

parecia estar enternecido; luego, con una voz tan almibarada como le fué posible:

— Elena, dijo, sabéis ahora cuán terribles son mis armas. ¿Hay necesidad de añadir que no trataré de hacer uso de ellas sino en la última extremidad? Si vos no me hubieseis precisado con vuestra insultante obstinacion, jamás las habriais conocido.

Ella le miraba con aire extraviado y parecia no comprenderle. Alentado por este silencio, Champion prosiguió con mas calor:

— Os he hecho sondear la profundidad del abismo, y ya sabéis ahora á qué peligros se exponen los que no secundan mis proyectos. En nombre de vuestra dicha, no continúeis una lucha en que seriais inevitablemente destrizada. Dadme la garantia del silencio que os pido, y nuestra entrevista de esta noche no será ya mas que una vana pesadilla olvidada inmediatamente despues de despertarse.

Hablando de este modo, se habia ido aproximando al lecho y tratado de coger la mano pendiente de la condesa; pero á su contacto esta retrocedió como al de un torpedo, y bella de indignacion, de espanto y de disgusto combinados:

— ¡Basta de insultos! exclamó. Acabad vuestra obra infame. Habiendo asesinado al marido, podeis deshonrar á la mujer y hacerla morir por mano del verdugo; pero evitadme el oír vuestra piedad y vuestras hipócritas lamentaciones. Yo no quiero nada, ni aun esa gracia que me ofrecéis de una manera tan noble y tan generosa. No quiero nada mas que gritaros estas palabras que oíreis frecuentemente en vuestros sueños: — ¡Ladron, envenenador, asesino!

Y al quererla hacer callar, ella le gritó en pleno rostro, con mas fuerza:

— ¡Asesino! ¡asesino!

Entonces, furioso, y sin saber casi lo que se hacia, echando

espuma por la boca, Champion se precipitó sobre la condesa, que, creyendo iba á matarla, no cesaba de gritar :

— ¡Asesino! ¡asesino!

Pero de repente su voz se extinguió en su garganta, sus ojos desmesuradamente abiertos se fijaron en un punto, sus brazos rígidos como el brazo de una estatua se extendieron en dirección á la ventana, dió un profundo suspiro, y Champion oyó un murmullo mas bien que una palabra escaparse de sus labios medio cerrados que decían :

— ¡Ah! ¡nos han visto, nos han oído! ¡me he salvado!

Y enderezándose de nuevo para rechazarle se desmayó.

Hércules volviéndose precipitadamente, y cubierto de un sudor helado, se precipitó hácia la ventana, á través de cuyos cristales le pareció apercibir dos ojos brillantes. La abrió de par en par, se inclinó fuera, inspeccionó la base oscura de las paredes, pero en balde; no había nadie. Ni un rumor, solamente el uniforme ruido del goteo de la lluvia que comenazaba á caer y los últimos soplos lejanos de la ráfaga.

Volvió á cerrar la ventana, y sombrío, con la frente inclinada y las manos contraídas, pasando delante del lecho donde la condesa yacía desmayada :

— ¡Vos lo habeis querido, Elena! murmuró luego con voz muy baja, enjugándose con su manga su frente húmeda, y se repitió á sí mismo : ¡Asesino!

En seguida que vió la ventana cerrada, José salió arrastrando del macizo de boj bajo el cual se había ocultado rápidamente.

Él también estaba muy pálido, y sin embargo, no había visto mas que el último gesto de la condesa, no había oído mas que esta palabra : ¡Asesino!

Era un jóven valiente este José. Apenas hubo llegado al cabo de la alameda, se detuvo, y volviéndose atrás trepó de nuevo el espaldar, decidido, al primer gesto, al primer llamamiento, á romper el cristal de una puñada, y á saltar en medio de la cámara gritando :

— ¡Ah! ¿á quién se asesina aquí?

Pero una vez vuelto á su puesto de observación, no vió ya en el cuarto, ya silencioso, mas que la condesa tendida, blanca como un mármol entre los cortinajes sombríos de las colgaduras del lecho.

Hércules Champion no estaba allí.

Si José era valiente, era prudente. Comprendió pronto que Champion había salido sin duda para examinar exteriormente lo que había visto mal de dentro.

Sorprendido por él en fragante delito de espionaje, estaba perdido. Ya oía debajo de sí en el interior de los aposentos, el paso sordo y discreto del contraamaestre.

José entonces tomó pronto su partido : apoyó la mano contra la ventana, decidido en caso necesario á forzarla.

Por una feliz casualidad, en medio de su turbación, Champion la había cerrado mal, y cedió al primer empuje.

Asiéndose fuertemente con sus manos al borde de la ventana, y haciendo un vigoroso esfuerzo saltó, sobre el antepecho estrecho de piedra y de allí al cuarto. Después volvió á cerrar la ventana y esperó.

Muy pronto vió abrirse una puerta en el piso bajo, y salir

á un hombre con una linterna, y luego otro : eran Champion y Matifay.

Ambos á dos parecían ocupados en examinar atentamente una huella impresa en la arena de las calles del jardín; luego habiendo quedado frustrado sin duda su exámen, se alejaron en dirección del estanque, y desapareció el vislumbre de la linterna detrás del ángulo de la fábrica.

José entonces, marchando de puntillas, atravesó la estancia para llegar á la puerta. Ya tenía cogido el botón y se preparaba á volverlo cuando un largo suspiro le detuvo.

Elena estaba incorporada en la cama y pedía socorro.

— No tengais miedo, señora, y no griteis, dijo José en voz baja, soy yo, José.

— ¡Eres tú! exclamó la condesa, ¡ah! el cielo es quien te envía. Sálvame, sálvanos, busca á Octavio, ¡corre! dile que se nos ha tendido un lazo infame, que no se trata ya de ocultarse, que es menester que venga descubiertamente delante de todos á defender á su mujer y á su hijo.

— Si estamos con vida mañana, señora, respondió José con voz firme, el señor Octavio estará cerca de vos.

— ¡Oh! si, eres un corazón valiente; pero despáchate. ¿Quién sabe si no es ya tarde? Son monstruos, ves, son capaces de todo. Me han envenenado á mi pobre Jorge, y ahora dicen que soy yo. No tengo tiempo de explicarte. ¡Oh! pero será menester que esta infernal maquinación quede frustrada, cuando Octavio esté ahí al lado mio, y que juntos con las manos unidas, les digamos : ¡Habeis mentido! El juez verá bien cuáles serán las miradas que se bajarán, las frentes que se ruborizarán, las voces que balbucearán. ¡Vete! ¡vete! José, y ¡que Dios te bendiga!

La condesa le tendió la mano, y él la estrechó para llevarla á sus labios; pero retirándola suavemente :

— ¡Pobre niño! quizás vas á morir por nosotros esta noche... dijo Elena. Quizás no volveré mas á ver á Octavio. Que al menos le lleves tú un recuerdo mio.

Y atrayendo al jóven hácia sí, estampó en su frente un beso.

— Ahora vete, José, y si puedes reunirte con él, dile que vuelva á tomar este beso de muerte en el mismo sitio. Será el primero.

## VII

## LAS HORNAQUERAS DE NOIRMONT.

Cinco minutos despues, en un rincón del camaranchon, y mientras que ajustaba sus gruesas polainas de cuero sobre el pantalón, José contaba á su vez, á Rosa, lo que acababa de ver y de oír.

El estertor de Biassou se había extinguido, cambiándose en una respiración casi insensible. Quizás iba á convertirse

pronto en otra mas sofocante, que es el comienzo de la agonía.

De repente, en el silencio del cuarto, en donde no se oía mas que el susurro de los dos niños, se elevó un murmullo desgarrador como una queja de angustia impotente, que no tardó en trasformarse en una melopea extraña y lúgubre :

¿A dónde vas, caballero, con paso veloz y fuerte?  
Mira que alguno te acecha... y es la muerte.

Rosa y José levantaron sus rubias cabezas.

— Es el viejo que está soñando, dijo José.

— Dícese que los sueños de los moribundos anuncian el porvenir, respondió Rosa temblando.

La voz había callado.

— Será menester, dijo José, estar ahora muy vigilantes, porque la señora no tiene á nadie en la casa que la ame sino á ti, ¿y quién sabe lo que intentarán antes que yo haya podido reunirme con Octavio?

El canto resonó de nuevo, pero mas fuerte esta vez y en un tono que expresaba un profundo terror.

¿A dónde corres con tanto ímpetu y arranque,  
Cuando la muerte te acecha en el estanque?

— Es como una respuesta á lo que tú acabas de decir, exclamó Rosa. Parece que M. Octavio ha tomado el camino de las hornagueras.

Y como si la casualidad hubiese querido dar razón á la jóven, el canto añadió en seguida :

De Noirmont, en la profunda hornaguera,  
La muerte te arrastrará como una fiera.

— ¡Oh! tengo miedo, dijo Rosa acercándose hasta tocar con el cuerpo de José. Te digo que los muertos tienen doble vista.

José no respondió, pero también él sintió frío hasta en las entrañas.

Los miembros enmagrecidos de Biassou se agitaban convulsivamente debajo de sus sábanas y mantas raidas; hubiérase dicho que sostenía en su sueño una lucha de vida ó muerte contra algun fantasma invisible. — ¡Ah! ¡ah! sollozaba con una respiración penosa :

La muerte te espera en Apreval,  
Vuelve la brida al caballo para librarte del mal.

Con los cabellos erizados y bañado su cútis con un sudor frío, Rosa se lanzó sobre la cama para hacer cesar la pesadilla; pero el canto estridente del viejo volvió á resonar en el cuarto :

La brida ha sido rota, y destrozado el bocado :  
¡Rancogne muere!... ¡Rancogne muere asesinado!...

El Biassou se había enderezado por un momento, lívido, con las pupilas dilatadas y con los ojos llenos aun de alguna terrible visión, luego todo se acabó, los brazos se le aflojaron y volvió á caer en su cama cuan largo era.

En el gran patio oscuro, Negrillo aullaba mas lamentablemente que nunca.

Rosa se había acercado, y, temblorosa todavía, se había apoyado en el hombro de José. Ambos á dos formaban un grupo azorado y á la vez encantador, en medio de esta escena de espanto y de duelo.

— ¡Ha muerto! murmuró en fin la jóven.

— Todavía no, respondió José, pero poco tardará. Pobre Biassou, me amaba mucho.

Y enjugando sus ojos húmedos con el revés de la manga, dijo con tono grave :

— Rosa, hay horas que deben contarse como años en la vida de un cristiano. Muerto este, Rancogne no tiene mas que dos amigos, tú y yo. Esta mañana, yo era todavía un niño; pero me parece que antes de fallecer, me ha inspirado en el corazón el valor y la resignación de un hombre. Muy débiles somos, hija mia, y los demas muy fuertes; pero, mediante Dios y nuestro valor, espero que salvaremos á Octavio y á la señora.

Desprendiéndose suavemente del brazo temeroso de Rosa, se acercó al lecho del moribundo, é, inclinándose sobre su rostro, besó piadosamente la frente de Biassou. Pero en el momento en que se incorporaba se sintió cogido por una mano seca y convulsiva. El anciano le miraba con grandes ojos fijos y trataba en vano de tartamudear algunas palabras; en fin, con gesto penoso, designó su almohada. José la levantó, y el anciano movió vivamente su cabeza como para decir : Eso es. — José retiró de debajo de la almohada un cinto que contenía una docena de luises de oro y lo puso sobre la cama; pero el ojo del moribundo manifestó tal cólera, que José lo recogió en seguida.

— ¿Qué queréis que haga de esto?

El Biassou trataba de responder; pero su voz se perdía en un balbuceo confuso.

— ¿Es para él? preguntó Rosa.

— Sí, sí, sí, dijo tres veces con la cabeza el viejo.

Y como José vacilaba en ponerse el cinto alrededor de su cintura, el Biassou dió un grito de mando tan ferozmente enérgico, que fué menester obedecer. Sin embargo, no soltaba la mano de José. Rosa comprendió que tenía que hacer todavía alguna recomendación y no podía.

— ¿Acaso deseáis todavía alguna cosa mas, padre Biassou?

— Sí, dijo con la cabeza.

— ¿Algunas misas?

La cabeza se meneó, pero débilmente, luego se sacudió con energía de derecha á izquierda como para decir : ¡No es solo eso lo que quiero!

Esta vez fué José quien le comprendió :

— ¿El tesoro? preguntó.

La cabeza de Biassou se agitó furiosamente de arriba abajo, pero su mano permaneció fuertemente asida del vestido del jóven.